

calibrite

colorchecker classic

162

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

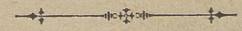
VULGARIDADES
SOBRE LA
HIGIENE DE LAS FLORES

CONFERENCIA PARA SEÑORAS
PRONUNCIADA EN LA NOCHE DEL 21 DE MAYO DE 1887

POR

JOSÉ PARADA Y SANTÍN

Profesor de Fisiología é Higiene en el Fomento de las Artes
(por oposición)
Exmédico numerario
de la Beneficencia Municipal (por oposición)
Catedrático de número de Anatomía de la Escuela
Superior de Bellas Artes (por oposición)
Premiado con Diploma de Honor por el Excmo. Ayuntamiento
de Madrid, por servicios sobre Higiene y Sanidad
y nueve veces más en Exposiciones, Juegos Florales
y Concursos nacionales y extranjeros
Vicepresidente de Epidemiología y Secretario general
de la Sociedad española de Higiene, etc., etc.



MADRID

Oficinas de la Sociedad : Montera, 22, bajo

1887

mm

Hacerse miembro de la **SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE** es adquirir un título á la consideración publica, y contribuir al bien de cada cual, al de la propia familia y al de la humanidad.

Pueden ser nombrados Socios cuantos se hayan distinguido por sus estudios especiales y sus escritos en **HIGIENE**, y en aquellas ciencias y artes que auxilian á ésta en la realización de su ideal, y los que puedan ayudar á su cultivo ó hacer útiles aplicaciones de los especiales conocimientos que poseen á cualquiera de los diferentes asuntos que su dilatada esfera comprende, principalmente los médicos, los físicos, los químicos, los naturalistas, los astrónomos, los sociólogos, los arquitectos, los ingenieros, los geógrafos, los economistas, los jurisconsultos, los farmacéuticos, los veterinarios, los entendidos en Administración, los clérigos, los literatos, los agricultores, los industriales, etc. (Art. 17 de los Estatutos).

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

VULGARIDADES

SOBRE LA

HIGIENE DE LAS FLORES

CONFERENCIA PARA SEÑORAS

PRONUNCIADA EN LA NOCHE DEL 21 DE MAYO DE 1887

POR EL

DR. D. JOSÉ PARADA Y SANTÍN

SECRETARIO GENERAL DE LA SOCIEDAD

oposición
n.º
Munic.



MADRID

Oficinas de la Sociedad: Montera, 22, bajo
1887

9112

62

Señores que componen la Junta Superior Directiva de la Sección de Madrid (1887-88).

PRESIDENTE

Ilmo. Sr. D. Modesto Martínez Pacheco.

VICEPRESIDENTES

Sr. D. Angel Fernández Caro.
Ilmo. Sr. D. Fausto Garagarza.
Sr. D. Alejandro Torres.
Ilmo. Sr. D. José Antonio Rebolledo.

CONSILIARIOS

Sr. D. Eduardo de Adaro.
Sr. D. Justo Martínez.
Sr. D. Angel Pulido Fernández.
Sr. D. Manuel de Tolosa Latour.
Sr. D. Eduardo Baselga.
Sr. D. José Grinda.
Sr. D. Amós Calderón.
Sr. D. Emilio Boix.

CONTADOR

Sr. D. Mariano Belmás.

TESORERO

Ilmo. Sr. D. Juan Ruiz de Alarcón.

SECRETARIOS

Sr. D. José Parada y Santín.
Sr. D. Antonio Quintana.

VICESECRETARIOS

Sr. D. Enrique Mateo Barcones.
Sr. D. Saturnino Cifuentes.

BIBLIOTECARIO

Sr. D. Francisco Pereiro y Pull.

CONSERVADOR

Sr. D. Vicente Cabello.

PRESIDENTES DE SUBSECCIÓN

Excmo. Sr. D. Manuel María José de Galdo.
Ilmo. Sr. D. Carlos María Cortezo.
Ilmo. Sr. D. Marcial Taboada.

VULGARIDADES
SOBRE LA
HIGIENE DE LAS FLORES

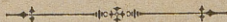
CONFERENCIA PARA SEÑCRAS

PRONUNCIADA EN LA NOCHE DEL 21 DE MAYO DE 1887

POR

JOSÉ PARADA Y SANTÍN

Profesor de Fisiología é Higiene en el Fomento de las Artes
(por oposición)
Exmédico numerario
de la Beneficencia Municipal (por oposición)
Catedrático de número de Anatomía de la Escuela
Superior de Bellas Artes (por oposición)
Premiado con Diploma de Honor por el Excmo. Ayuntamiento
de Madrid, por servicios sobre Higiene y Sanidad
y nueve veces más en Exposiciones, Juegos Florales
y Concursos nacionales y extranjeros
Vicepresidente de Epidemiología y Secretario general
de la Sociedad española de Higiene, etc., etc.



MADRID

Oficinas de la Sociedad : Montera, 22, bajo

1887

R. Velasco, imp., Rubio, 20.—Telefono 551

Al Sr. D. Roman Herrera
su admirador y verdadero
amigo
El autor

SUMARIO

Importancia de las flores.—Flores y mujeres.—La flor para los botánicos.—Vida de la planta.—Amor de las flores.—La atmósfera.—Respiración.—Accidentes producidos por las flores.—Cruces de los capuchinos.—Las flores en la iglesia, en los saraos, en casa.—El nerio y el manzanillo.—La tarde y los perfumes.—Linneo.—Pinos y labiadas.—Preceptos higiénicos.—Asfixia floral; tratamiento.—Un cuadro de Platkowski.—Colorido vegetal.—Serie ciánica y jántica.—Flores tristes y flores alegres.—El dibujo de las flores; su forma.—San Hdefonso.—Frailes y cipreses.—Plinio.—Afecto á las flores.—Frœbel.—Arboles y hombres.—Flores y mujeres.—El niño y el hombre.

I

SEÑORAS:

Las flores han tenido siempre una gran importancia en todos los hechos sociales. En los festines de los epicúreos que, coronados de rosas, daban grosero culto á la materia; en la frente de los mártires, que sacrificaban el cuerpo á la idea; en las impúdicas fiestas de la Cipria diosa, como en el sencillo agape cristiano, desde el loto egipcio á la azucena colocada á los piés de la Concepción, las flores han formado siempre parte de las creaciones estético-artísticas y han sido aplicadas simbólicamente á expresar los más encontrados sentimientos y las más opuestas ideas.

La humanidad las ha utilizado siempre como uno de sus más agradables recreos; y la mujer, especialmente, ha tenido siempre suma predilección por ellas. Quizá un oculto instinto que hay en vosotras y os hace adivinar á veces los más recónditos secretos del corazón humano, os advierte que aquel fragante ju-

guete que acariciáis no es más que una imagen vuestra, un símbolo del amor y la maternidad.

¿Qué es una flor?

En botánica, el conjunto de órganos sexuales y de aquellos otros que inmediatamente los rodean y protegen; pero vulgarmente sólo se entiende por flor á la corola ó las envolturas florales que tienen un matiz diverso del color general de la planta.

La flor es el organismo más importante del vegetal, porque es el que completa su desenvolvimiento y aquel donde se verifican sus más importantes y trascendentales funciones.

Nace la planta de la semilla que lleva el germen evolutivo de la especie, y, colocada en condiciones adecuadas, la vida que existía latente en su seno se desenvuelve y manifiesta; la raíz se esparce en ligeros filamentos entre la madre tierra y busca y chupa los jugos necesarios á su especial nutrimento; crece el tallo y alza al cielo sus ramas y sus hojas ávidas de la luz, verdes pulmones con que respira, y cuando se siente fuerte y vigoroso cumple su destino reproduciendo su especie; entonces ama y florece. Rodea su himeneo de hojas brillantemente coloreadas y exhala fragantes perfumes para solemnizarlo, porque una planta en flor no es más, señoras, que una joven hermosa engalanada en el día de su boda.

Para efectuar esta admirable función, la naturaleza se vale, como para todo, de medios sencillos: los vegetales, que viven aprisionados, como náyades en el fondo de las aguas, se levantan orgullosos de su hermosura en la época de los amores hasta la superficie, y después de ser fecundados, vuelven á madurar

la semilla bajo las ondas: el narciso entrega á los arroyos su estirpe peregrina; y la abeja zumbadora, el brillante coleóptero, ó la ligera mariposa, llevan en su peloso cuerpo y van dejando, al volar de flor en flor, el germen de toda una pradera.

Pero á veces los amores de las plantas no son siempre igualmente tranquilos; los hay también como los del hombre, borrascosos ó imposibles, y muchas veces hace falta el rugiente torbellino de la tempestad para que los cedros, que se alzan como reyes de la vegetación en los montes, celebren sus bodas con otros lejanos; y muchas también la esbelta palma aguarde solitaria año tras año que el viento sea el mensajero de su fecundidad, mientras el más ligero vientecillo es suficiente para establecer entre dos humildes flores un comercio de amor.

No agita, dice un célebre escritor (1), del mismo modo el huracán de las pasiones á los reyes en sus tronos, mientras los pastores á sus pies ven transcurrir los días tranquilos.

La belleza de las flores ha hecho que el hombre las cultive y utilice para muchos fines, y en las iglesias, en los bailes y festines, y en las mismas habitaciones, es muy común tener ramos de flores y plantas vivas para su ornato y deleite de los sentidos.

Esta, al parecer, inocente costumbre, puede ser, sin embargo, causa de muchos males, é importa en este asunto tener presente algo de lo que la ciencia y la práctica aconsejan para evitarlos.

(1) Chateaubriand.

Pero permitidme que antes os dé unas breves nociones de lo que es la respiración, necesarias para comprender el porqué á veces las flores son capaces de producir perniciosos efectos sobre la salud.

II

La tierra está rodeada de una capa gaseosa, llamada atmósfera, formada por un cuerpo flúido, el aire, compuesto á su vez de dos gases, el oxígeno y el nitrógeno, gases que se equilibran entre sí: el oxígeno es el móvil de la combustión y de la respiración, el gas respirable y vivificante por excelencia; el nitrógeno no tiene esta condición de actividad, es irrespirable y obra como moderador del primero; contiene además el aire una corta cantidad de otro cuerpo irrespirable, el ácido carbónico, y agua en vapor (humedad), y á más otras sustancias orgánicas é inorgánicas y materias gaseosas accidentales.

Nosotros estamos sumergidos en esta mezcla de gases de cuerpos etéreos, de la consistencia del humo y del vapor del agua, y así como los peces dentro del agua, respiramos, nos movemos y vivimos dentro de este medio flúido; como todos los animales, necesitamos para la vida esa continua nutrición que se llama respiración; nuestra sangre en los pulmones se apropia el oxígeno del aire y exhala una mezcla gaseosa compuesta de ácido carbónico, vapor de agua y ázoe. Estos gases impurifican y hacen irrespirable

toda atmósfera confinada cuando en ella respiran una cantidad de personas cuyo número no guarda proporción con su capacidad, y entonces se sienten anhelaciones, vértigos, cefalalgia, vómitos y todos los demás síntomas que caracterizan la asfixia.

Los vegetales, así como los animales, son seres dotados de vida y de análogas funciones, respiran los elementos de la atmósfera, y á través de sus tejidos se verifica un complicado cambio de gases.

Los fenómenos químicos de su respiración no son, sin embargo, iguales á los de los animales, ni tampoco se verifican del mismo modo en todos sus órganos; las hojas, que son los pulmones de las plantas, absorben el ácido carbónico del aire, al cual descomponen, mediante la influencia del sol, en carbono que la planta se apropia y oxígeno que se desprende libre; también desprenden agua en vapor.

Esta acción química general de las masas verdes durante el día tiende á contrarestar la nociva influencia de la respiración de los animales; porque en el mundo, por su disposición admirable, todo se completa y equilibra, constituyendo la armonía general.

Pero cuando cesa la luz del sol, los vegetales, en lugar de exhalar oxígeno, que es el gas vivificante, lo absorben en cantidades notables (el albérchigo absorbe seis veces su volumen de oxígeno) y desprenden ácido carbónico; no todas las partes de la planta, como ya hemos indicado, respiran como las hojas; los troncos y las demás partes no verdes desprenden, igualmente de día que de noche, una corta proporción de ácido carbónico, y las flores, exceptuando

las de color rojo (bermellón), que desprenden oxígeno, exhalan nitrógeno.

De esto se deduce que si en la armonía y en el contento general del globo los vegetales se alimentan de los gases no respirables, en inmediato contacto con el hombre son seres perturbadores cuando cesa la acción del sol, y roban á la atmósfera el principio activo de la respiración y la impurifican con los gases que desprenden.

En los campos y jardines espaciosos, donde la ventilación es fácil y los movimientos de las masas de aire hacen que se renueve éste á cada paso, esta acción es indiferente; pero en atmósferas limitadas, tales como las de los templos, bailes y en las habitaciones, las plantas y las flores son otros tantos seres que viven á costa del aire que necesitan nuestros pulmones, al cual, además, impurifican con los productos de su respiración.

De esto se deduce claramente el precepto de no tener dentro de las habitaciones, por la noche, flores ni plantas, y de día, sólo en locales donde haya fácil acceso al aire puro del exterior, pueden permitirse sin perjuicio para la salud.

Una multitud de incomodidades, cuyo origen se ignora por las personas á quienes afectan, dependen sólo de la ignorancia de las vulgares nociones que hemos dado sobre la respiración vegetal; su causa está en la insuficiencia respiratoria, en una asfixia lenta, en una hematosis incompleta, en la falta de oxígeno y en el exceso de ácido carbónico que producen las flores, respirando dentro de la misma atmósfera que nosotros.

Los accidentes producidos por la respiración vegetal son muy comunes, especialmente en nuestras provincias meridionales, y, si bien pocas veces han llegado á producir la muerte, casi siempre vienen acompañados de vértigos con pérdida del conocimiento y con síntomas asfícticos alarmantes y por demás molestos para el enfermo. Son análogos á los que produce el tufo del carbón, y muy pocos son los médicos que no habrán tenido ocasión de observarlos varias veces.

En Madrid es bastante común, hace algunos años, el tener las señoras flores en las habitaciones y, como médico de guardia de las casas de socorro, varias veces he asistido á accidentes de esta naturaleza.

En primavera celébrase en España la poética festividad religiosa de las Flores de María, que ha hecho que el mes de Mayo se llame mes de las flores. En esta fiesta cristiana los templos, que abrillantan multitud de luces, están cuajados de ramos de flores naturales, entre las que suele predominar la emblemática azucena de fuertísimo olor, y raro es el año que no hay en las iglesias accidentes más ó menos graves debidos á la asfixia, tanto por la falta de aire respirable efecto de la aglomeración de fieles, como por lo que consumen de aire las flores.

Antes de la exclaustación, los frailes capuchinos de la baja Andalucía hacían por este tiempo unas cruces de madera, cubiertas por un lado con una capa de barro de modelar como el que usan los escultores, y en esta sustancia blanda clavaban flores naturales cortadas, formando caprichosas combinaciones que acreditaban el gusto de ramilletero del padre confeccionador, cruces que luego llevaban las mujeres y

los niños á sus casas, y por devoción se colocaban colgadas en las habitaciones, especialmente en las alcobas; y cuentan personas de veracidad que alcanzaron aquellos tiempos y aquella devoción por las cruces de capuchinos, que raro era el año que no costaba algún accidente grave, y algunas veces la vida á algún niño, esta piadosa como antihigiénica costumbre.

Modernamente la afición á las flores como adorno es muy grande, y en los saraos de nuestra sociedad aristocrática las flores y las plantas vivas forman uno de los más bellos elementos de decoración en los salones; pero estas hermosas amigas de la mujer suelen perjudicarla con el consumo de aire que hacen, y acaso á ellas corresponde alguna responsabilidad en los desmayos, dolores de cabeza y otros afectos que alguna vez aquejan á las señoras que asisten frecuentemente á estas fiestas del gran mundo; pero aquí no debemos echar la mayor culpa á las flores, pues sabido es que en estas reuniones se hace en general gala de violar todas las reglas de la higiene.

Los novelistas, á quienes hay que consultar muchas veces, pues son grandes observadores, han hecho á las flores elementos de acción en sus obras, y muchas muertes de heroínas románticas han sido á causa de la asfixia floral; y desgraciadamente es cierto que este poético medio ha sido puesto en práctica más de una vez por suicidas que han querido rodear de una falsa poesía su muerte.

La asfixia por las flores ha servido también de tema al elegante pincel del artista Sr. Piatkouski para hacer un bellissimo cuadro que figuró con éxito en una Exposición de Bellas Artes de París.

III

El efecto nocivo de las flores es no sólo debido á su respiración, sino también á sus exhalaciones.

Afortunadamente, si en las floras tropicales hay flores cuyo perfume puede producir hasta la muerte, como se cuenta del *nerio* y del *manzanillo* y de otros, en Europa no se ve esto más que en el teatro al final de la *Africana*.

Los bosques vírgenes de la América y de las islas que forman la cimera de la sumergida Atlántida y el corazón del Asia que dan lugar á los gigantes de la vegetación, son las zonas que producen flores donde las cualidades de nuestros climas están centuplicadas y donde la flora presenta caprichos y rarezas sin cuento. Allí donde hay flores de jugos tan virosos y de tal potencia retractil que aprisionan en sus pétalos á los insectos y hasta animales de mayor tamaño, y los estrujan, maceran y digieren, siendo verdaderas plantas cazadoras y carnívoras, podrán envenenar los perfumes y las exhalaciones florales; pero la naturaleza en nuestros climas es menos poderosa y rara vez puede con el hombre.

Únicamente las plantas y flores de olor muy penetrante, como el *arbol del paraíso*, la *azucena* y el *nardo*, cuando se reúnen en gran cantidad, son capaces de provocar con su perfume el vértigo. Este accidente es más común en los niños y en los hombres, que en las mujeres.

Estas, en contra de la común opinión, tienen menos sensibilidad para las percepciones físicas, y según los modernos estudios experimentales de un sabio francés, la mujer tiene casi la mitad de poder olfatorio que el hombre; de aquí su afición á los perfumes, buscando en ellos el placer de la sensación.

El perfume de las flores depende en unos casos de las sustancias odoríferas que el vegetal aloja en sus celdillas, y dura mientras éste existe; y en otros de una sustancia que se forma durante la vida de la planta, y que no siempre dura ni se desprende con igual intensidad.

En general, la luz tibia de la tarde favorece la irradiación de las partículas olorosas, por lo que vemos que la mayor parte de las flores huelen más por la tarde que mientras dura la acción del sol, excepto aquellas que, como el mirto, deben su fragancia á la evaporación de un aceite volátil.

La noche favorece la energía odorífica de casi todas las plantas, siendo la causa de esta menor percepción olfatoria que el calor solar produce corrientes en la atmósfera que arrebatan del círculo fragante de las flores las partículas olorosas y las difunden en los aires.

El perfume moderado es agradable, excita las membranas mucosas y predispone á los afectos eróticos; por eso la época de los perfumes es la de los amores, y ya en los antiguos tiempos las mujeres hebreas atraían á los caminantes quemando el terrón de la aceituna. No todos producen el mismo efecto en la organización, siendo la higiene de los perfumes,

asunto sobre el cual se han dado curiosas conferencias por algunos médicos ingleses.

El célebre naturalista Linneo, que formó un reloj de Flora, fué el primero que dividió y clasificó los olores de los vegetales: llamaba ambrosiáceo al perfume parecido al de la rosa, que es el tipo; penetrantes, aquellos como el del árbol del paraíso, que hierde con mucha agudeza el sentido del olfato; aliáceos, los que se asemejan al olor del ajo; hediondos, los del hepericón y la valeriana; aromáticos, el del clavel y las especias; á estos se puede añadir el de las coníferas y plantas resinosas, que es balsámico, y el neutro y ligeramente antiespasmódico como el de las labiadas, tomillo, cantueso, etc.

De estos, los olores que Linneo llamó ambrosiales, como el jarmín, nardo, violeta, etc., son espasmódicos, pero aun estos muy concentrados, y mucho más los penetrantes, como los de la azucena, paraíso, etcétera, casi siempre son dañosos, producen cefalalgia, dolor de cabeza, atontamiento, y afectan penosamente á las personas sujetas á enfermedades nerviosas.

Las plantas de olor nauseabundo y las inodoras, cuando empieza en ellas la descomposición, lo que anuncia por un ligero tufo á berzas podridas, deben ser proscritas de nuestro lado: el sentido del olfato, centinela de la salud, nos indica la presencia del enemigo, y nosotros no debemos desoir la voz de la naturaleza. También hay simpatías y antipatías para determinados olores, y esta aversión ó predilección debe respetarse como un acto instintivo y no contrariarlo imprudentemente.

En general todos los perfumes de las flores no deben usarse sino muy atenuados, y solamente los balsámicos, pino, y los olores neutros de las plantas de monte, cantueso, tomillo, espliego, son los que pueden tener una influencia favorable en la salud. Por eso en las sierras carpetanas parece que la respiración se efectua con más amplitud.

Como preceptos higiénicos de las ideas emitidas, se deduce: que es perjudicial tener plantas vivas y flores cortadas dentro de las habitaciones, y sólo puede hacerse esto cuando la capacidad de estas sea grande ó tengan acceso y ventilación directa del aire libre. Que así y todo, en gran cantidad, pueden producir accidentes desagradables; que de noche no deben en ninguna manera tenerse flores ni plantas en las habitaciones donde se duerme ni en las que directamente comuniquen con ellas.

En vista de estos malos efectos del consorcio de las flores con el hombre, ¿debemos proscribirlas de nuestro lado? De ningún modo; son hermanas nuestras, pues figuran en preferente lugar en la creación; debemos evitar sus malos efectos para aprovecharnos de los buenos; toda moneda tiene anverso y reverso.

Antes, sin embargo, diré algunas palabras sobre la siguiente cuestión, resumen práctico de las ideas emitidas.

¿Qué medios aconseja la medicina para curar los efectos de la asfixia floral?

Muy sencillos: al menor síntoma de la sensación, que se llama pesadez de cabeza, á cualquiera sentimiento de angustia ó de opresión en el pecho, ó cuando se presenta inopinadamente dolor de cabeza,

que casi siempre es lateral ó posterior, ver si en la habitación hay flores ó plantas, abrir bien las ventanas, establecer una corriente de aire puro y libre y quitar del lugar á las autoras del delito.

Cuando haya sobrevenido el vértigo, que en general en los niños se presenta cayendo éstos de nuca, sacarlos del lugar en que han respirado el aire confinado insuficiente ó excesivamente cargado de emanaciones olorosas, hacerles respirar una atmósfera oxigenada é inodora y rociarlos con agua fría la cara; basta estos sencillos medios para restablecer la vida cerebral, debiendo prohibirse el aplicar á la nariz esos pomitos de sales que la moda ha puesto en los tocadores, inútiles siempre y perjudiciales en este caso.

IV

Muchas personas y también muchos médicos creen que los remedios son las fórmulas que la habilidad de los farmacéuticos prepara; yo tengo de la medicina un concepto más amplio; para mí es medicamento ó remedio todo lo que puede influir ó modificar el organismo humano. Por lo tanto, el lugar donde se vive, el alimento con que nos nutrimos, el género de profesión á que estamos dedicados, lo que se lee, el alimento moral, lo que se oye, la ilustración y las cualidades morales de nuestros amigos, todo, absolutamente todo, es, bien ó mal aplicado, un medicamento.

El sustituir á un joven un género literario al que

es aficionado, por otro que lleve el giro de sus ideas en diverso sentido, es tanta medicina, como el enfermo á quien se le aplica una cataplasma ó se le dá un vomitivo.

La vida no es más que adaptación y una resultante del medio en que se desenvuelve; por eso yo veo la medicina en todas partes, quizá donde menos la veo es en las boticas, pues allí no está más que la curativa de males que ya existen, y en lo que nos circunda está la verdadera medicina, la higiene, la que cura los males antes de que el hombre sufra sus miserias, previniéndolos.

Por esto, señoras, si he señalado los malos efectos que el mal de las flores puede producir, debo ahora hacer notar las ventajas no escasas que la afición á ellas y sus relaciones con nosotros, pueden producir.

Las flores influyen favorablemente en nuestro ánimo, suscitan ideas risueñas, predisponen á la alegría y hacen elevar al mismo tiempo el pensamiento hacia el bien moral, como resultado de la contemplación de la belleza, porque ésta es con razón considerada como uno de los modificadores más agradables de la vida y á la vez como uno de los más principales elementos constitutivos de la salud psíquica, tan importante como el estado físico normal de los órganos para la regularidad de las funciones é integridad de la salud.

Según los recientes experimentos de un distinguido profesor italiano sobre la influencia de la luz coloreada sobre el hombre y sobre los vegetales, ésta modifica, según el diverso modo de obrar de cada rayo, los desórdenes intelectuales, la furia, la tranquilidad ó los afectos varios de los enajenados, y las plantas

también crecen y se desarrollan más ó menos, según son expuestas á la acción de una luz roja, verde, violada, etc. ¿Será la coloración de las flores la cualidad modificante respecto de nuestro organismo?

Yo creo que el color y la forma; y aunque parezca raro, daré algunas ideas sobre lo que se pudiera llamar la expresión de la objetividad floral.

V

Se ha dicho que era rara coincidencia y providencial acuerdo, que los grandes rios estén siempre al lado de las más numerosas urbanizaciones y esta bufonesca idea puede aplicarse á otras cosas con más acierto. Porejemplo, són el amarillo y el negro colores propios de la muerte y el morado de la tristeza cuando á ella se aplican, ó es por el contrario que nos parecen tristes, porque la costumbre nos hace verlos siempre como emblemas funerarios.

La física nos da de esto una razón y también la fisiología: nos modifican las sensaciones y en las que nos producen los colores, las hay activas, enérgicas, como la del rojo grana, color de gran fuerza fotogénica; otras que impresionan más á la afectividad, como el violeta, color químico del espectro solar, el que más cambia y descompone los cuerpos sometidos á su influjo.

Qué extraño es que la máquina humana sufra diversos choques en presencia de uno y otro. Esto

acontece en la coloración de las flores donde hay dos órdenes de matices; uno que parte del azul y llega, transformándose, hasta el violeta y el carmín, otro que parte del rojo grana, del bermellón, al anaranjado y al amarillo.

A las flores coloreadas en la primera serie se las denomina ciánicas ó desoxidadas, á las de la segunda jánticas ú oxidadas.

Cada serie tiene una influencia distinta sobre el espíritu. Al contemplar una colectividad de plantas en flor de la serie ciánica (violadas, moradas ó más ó menos carminosas) se siente una impresión melancólica completamente distinta de la que se recibiera si todas las corolas perteneciesen ó su mayoría al grupo jántico (rojo vivo amarillo); esta última sería más viva y más alegre.

En la naturaleza esta influencia se halla armonizada, y lo ciánico y jántico, los colores térmicos y los químicos del espectro y el tono neutro (verde) que domina en la foliación, se equilibran y compensan entre sí en las épocas en que, dejando los vegetales la desnudez del invierno, se cubren de opulentos ropajes para celebrar sus amores y ofrecer al hombre uno de los más grandiosos espectáculos de la naturaleza, porque el campo, durante la época de la inflorescencia, viene á ser como la paleta del supremo artista ornada con sus más brillantes é inimitables colores.

De aquí la conveniencia y utilidad de los paseos por los jardines florestas, porque la favorable impresión que el organismo recibe en su parte nerviosa y afectiva, obra como una fuerte medicina moral, que

activando las funciones circulatoria y respiratoria, ejercitando y despertando los sentidos, y provocando la transpiración y actividad periférica, da nueva vida y anima al organismo en general.

Nada levanta tanto las fuerzas como la vida con la naturaleza; salir de la mentira de las ciudades para vivir un paréntesis con la verdad del campo, es una necesidad higiénica que no se debe dejar de saciar ampliamente á la juventud.

Y esta impresión tan util no solo es debida á la salutífera acción del aire libre á la luz abierta, sino también á la acción sensorial modificada por la belleza de las flores.

La diversa modalidad, como éstas nos impresionan, ha dado lugar al simbolismo: hay flores tristes como el lirio, otras alegres como la rosa y la amapola; y no es que en ellas exista un cerebro y un alma á semejanza de la nuestra, capaz de reir y de llorar, sino porque á nuestra imaginación acuden melancólicas ideas contemplando el desmayo de los pétalos y el violáceo tono de la una ó alegres y regocijadas cuando miramos la frescura de color y gallardía de las otras.

Asimismo la forma de las flores y de los vegetales influye tanto como el color en su expresión; si no ¿por qué el sauce de desmayadas ramas es el emblema de la muerte, y las traviesas enredaderas, el rosal varío y el clavel erguido compañeros del amor y de la alegría?

Miremos al ciprés, á quien San Ildefonso, (1), tan

(1) *De itineri desserti.*

galano escritor como profundo filósofo, llama amigo del hombre.

¡Vedle indicando el cielo con su verdosa pirámide, semejante á un monumento funerario de la vegetación! Parece un fraile con la capucha calada, cuya punta se dirige siempre al cielo, que con los brazos cruzados reza junto á las sepulturas de los hombres.

Y efectivamente, reza porque hace bien, porque con sus emanaciones balsámicas purifica el aire que rodea á los muertos y lo hace saludable para los vivos

Instintivamente, esto nos recuerda que debemos ser amigos de las plantas y de las flores; lo somos: y al dejar los muertos tan solos, como dijo Becquer, no los abandonamos del todo; dejamos en su guarda y custodia á los vegetales; al lado de la muerte ponemos la vida; por eso en el cementerio el hombre de todos los países planta árboles y flores.

De ellas toman y se apropian elementos las artes, la industria, las ciencias, la liturgia, el arte militar, la sociedad vana, la alimentación y la medicina. Esta ciencia, que estudia al hombre sano y enfermo, al hombre material é intelectual y todo lo que le rodea, abarcando por lo tanto en sus inmensos límites la generalidad de los conocimientos, necesita para realizar sus grandiosos fines del concurso de esos hermosos juguetes de la naturaleza, y va á buscar, hasta en la humilde flor que el campesino indiferente pisa, un elemento para poder paliar ó curar las dolencias de los hombres.

Con razón dijo Plinio: *In floribus natura est maxima.*

El cultivo de los vegetales y la afición á las flores

constituye un elemento de perfección moral en los sistemas de educación.

El nunca bien alabado de Federico Frœbel lo aplica con éxito, y los niños se acostumbran á querer á los demás seres de la naturaleza, nuestros hermanos, y al mismo tiempo empiezan á comprender la belleza y apreciar lo estético de las creaciones naturales.

Además está completamente probado por la experiencia que los pueblos donde hay respeto á los árboles y afición al cultivo de las flores, las costumbres son más suaves y reina más moralidad.

La afición á las flores pocas veces ó ninguna existirá en una persona de sentimientos viles y que carezca de verdadero amor hacia el bien; la filantropía asimismo ha sido muy común en los botánicos; el que se conduce de una flor deshojada ó siente pena al ver talado el árbol á cuya sombra jugaba junto al hogar de sus padres, difícilmente será un malvado.

Por el contrario, los que por gusto y sin objeto truncan árboles y no sienten y aprecian la belleza de las flores, probablemente serán capaces de degollar hombres y de ser insensibles á la dulzura y á los encantos morales de las mujeres.

Por lo tanto, permitidme que termine con un ruego esta desaliñada improvisación.

Vosotras que tenéis en vuestra mano el destino futuro de la sociedad, pues á vosotras debe el hombre sus primeras impresiones, que pocas veces olvida, inculcad en los niños la afición á las flores y hacerles comprender su belleza y preparad el alma de la niñez para que recoja como debe las impresiones de la juventud, seguras de que si así lo hacéis, las futuras

generaciones os habrán de agradecer el haber levantado el nivel moral de la sociedad.

¡Ojalá que esta modesta conferencia sobre la dirección higiénica de la afición á las flores, pueda producir en el cultivo del hombre, á vosotras cuando seáis madres encomendado, que la flor humana, el niño, no produzca al madurar y transformarse en hombre un fruto amargo!

